UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA
C92
Foll.18

CARLOS PINTO GROTE

LAS HORAS DEL HOSPITAL

RELATOS MINIMOS

SANTA CRUZ DE TENERIFE
1956

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA
26562

I. P. T.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

I. P. T.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LAS HORAS DEL HOSPITAL

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CARLOS PINTO GROTE

LAS HORAS DEL HOSPITAL

RELATOS MÍNIMOS

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA BIBLIOTECA

ILUSTRACIONES
DE
MARTÍN ZEROLO

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA BIBLIOTECA

SANTA CRUZ DE TENERIFE
1956

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Derechos Reservados. *Queda hecho el depósito legal*

GOYA ARTES GRAFICAS. - Doctor Allart, 26-32. - SANTA CRUZ DE TENERIFE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ENRIQUECE el I. P. T. sus publicaciones con la presente, debida a la pluma brillante y sensible de nuestro querido amigo y Secretario el Dr. Carlos Pinto Grote, excelente médico y poeta.

Puse especial empeño en que este libro apareciera entre los de nuestro Instituto, porque nos interesa significar cómo nuestro objeto es el Hombre en su integridad, y mal podemos estudiarlo, conocerlo y ayudarlo si dejamos en la sombra nuestra faceta humana y la suya. La Ciencia Médica con animales de experimentación y complicados aparatos de exploración y tratamiento, podrá saber de muchas cosas y remendar muchos rotos en el cuerpo, pero el Hombre queda inédito en su intimidad y convertido en casi indiferente campo de trabajo e investigación, casi siempre con un número y unas iniciales en los protocolos, pero sin nombre, es decir, sin personalidad individualizada.

Para afirmar rotunda y públicamente nuestra oposición a esta manera de pensar y proceder, sin renunciar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

por esto a ninguno de los avances conseguidos se hace la publicación de este libro, que se sale de los márgenes estrictamente científicos para adentrarse con amor en el campo humano del ambiente del enfermo: el Hospital, esa institución que nació cristiana y a la que San Vicente de Paul dió su actual contenido, (a veces olvidado), de considerar al paciente como su núcleo y protagonista. No hay Medicina sin Hospital, y cada vez así lo será más.

Del Hospital antiguo, inspirado en sentimientos de Caridad casi exclusivamente, al Hospital moderno, de intención utilitaria y científica, media un abismo aparente, pues está continuado por el fuerte nexo que es el enfermo, con sus necesidades y angustias, con idéntico latido siempre aunque con distinto ropaje. Esta vibración permanente es la que el Dr. Pinto Grote ha sabido sintonizar y recoger con tanta belleza como emoción.

El Autor, hombre joven, preparado y entusiasta, ha vivido a plenitud todas «las horas del Hospital», las que describe y otras muchas, enriqueciendo con ello su vocación y sensibilidad, sin la rutina impermeable del sepulturero de los versos de León Felipe. Su prosa naturalmente poética trasladará a la sensibilidad del lector fielmente estas «horas», tiernas, dramáticas, tristes o anecdóticas según el momento.

Nada marca mejor la tendencia humana de nuestro Instituto que la bella obra que nos regala el Dr. Pinto, a quien junto con nuestra cordial felicitación, damos las más expresivas gracias por su bella, singular y oportuna aportación, que al fin y al cabo también es obra médica.

T. CERVIÁ

Director del I. P. T.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DEDICATORIA

A mi hijo Carlos Eduardo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA CASA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ESTÁ muy cerca del barranco, a sus orillas mismas. Para llegar a las puertas del Hospital hay que pasar un puente. Lo rodean las casas más antiguas de la ciudad. Las primeras casas de un pueblo de pescadores que se ha convertido en la capital al correr del tiempo.

Frente a sus paredes, en la otra orilla del barranco, la parroquia de la Concepción. La fachada trasera mira a una calle que, en la noche, se salpica de luces rojas un poco avergonzadas, y en la que, esas mujeres que ríen siempre, que hablan alto y que esconden bajo su cara alegre todo el dolor de su existencia, pasean lentamente y se apoyan en los quicios de las puertas, esperando.

Recuerdo que el Hospital Clínico donde hice mis estudios tenía el mar enfrente y detrás de él esas mis-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mas calles, esas mismas mujeres, esa misma vejez desconsolada en las casas, ese mismo ambiente de dolor silencioso.

Y me pregunto por qué es esto así y sólo una respuesta me es posible: el dolor siempre está cercano al dolor. Un dolor y otro dolor son hermanos de la misma sangre, hijos de la misma miseria espiritual y física.

El Hospital es frío, un poco indiferente al paisaje urbano. Sin personalidad arquitectónica y con un color indefinible.

Una mujer me contaba que cuando quería imaginarse la desolación, cuando pensaba en la miseria y la soledad por cualquier motivo pesaroso, venía a su mente un recuerdo infantil: una noche de viento y frío, frente al Hospital, con el ruido del mar en el oído, la breve y escasa luz del puente en los ojos y el infinito desamparo del lugar solitario.

Y las mujeres saben mucho de estas cosas que los hombres, sólo a veces sentimos.

Por dentro el Hospital es distinto. Salas blancas y limpísimas, corredores soleados y con flores, patios tranquilos y agradables.

Y no hay indiferencia ya.

Cada sala tiene una personalidad propia, un ambiente distinto.

El dolor de cada una de ellas —en todas hay dolor— tiene tonos y matices genuinamente individuales.

Y es que, dos cosas van a modificar siempre la enfermedad en las salas. Una de ellas el carácter del médico; la otra, tal vez la más importante, esa mujer de la toca blanca que reza siempre el último Padrenuestro en la agonía y que sonríe, la primera, en el despertar diario.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Hay salas silenciosas, como muertas. Otras alegres, otras tristes.

Y son siempre así, aunque las gentes que por ella pasan sean distintas.

Que tampoco lo son, porque esos ocultos designios de la biología y de la enfermedad, suenan a veces iguales y se apoderan de ellas como si fuera necesario que estuvieran juntas. Como si fuera necesario reunirlas iguales para dar a una sala de Hospital un determinado ritmo, una manera propia.

Pero, frente a todo esto, hay algo único. Un invisible brazo lo mueve todo en el Hospital. Algo que está en sus muros, en sus patios, en sus bancos, en sus corredores y en su aire.

Nunca sabremos, ciertamente, qué es. Pero lo tocamos y lo sentimos cada vez que atravesamos las puertas de la casa.

Hay unos ojos que están allí y un oído que escucha.

Es como un dolor esperanzado que nos llena.

Es, yo lo supongo, esa pequeña y delicada ternura que no se deja ver, siempre escondida en el corazón, aún del peor de los hombres.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA CONSULTA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

AL Hospital van las mujeres y los hombres. Esperan en el corredor de la entrada, en la puerta, de pie o en los bancos, la llegada de los médicos.

Algunos esperan desde muy temprano. Desde las ocho de la mañana hasta las once suenan las señales de la campana: dos sonidos primero, un silencio y un nuevo tañido breve y cortado.

Llegan los médicos del Hospital siempre a una hora fija, minutos más o menos; para cada uno suena la campana a su tiempo.

Pasan a esa habitación que está a la entrada, a la izquierda, y firman la visita diaria. Unas veces, reunidos dos o tres, casualmente, charlan unos minutos. Después se dirigen a las consultas seguidos de los ayudantes y practicantes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Después siguen los enfermos, despacio, con un poco de temor ante lo desconocido. Para algunos, la felicidad o, mejor, el final de la duda y de la ansiedad, va a depender de un gesto, de una palabra, de un minuto.

El médico puede decir la palabra final buena o mala. Y aunque quiera mentir, tal vez le traicione el gesto o el tono de la voz.

Y el enfermo camina despacio, como queriendo, inconscientemente, retrasar el minuto del encuentro con una realidad desconocida.

–¿Cómo se llama usted?

Es una mujer de unos sesenta años, morena, pequeña, delgada y con años de sufrimiento en su cara y sus cabellos. Llevaba un blanco pañuelo de seda en la cabeza, y se lo ha quitado al entrar en la sala.

–Pues... María–, responde.

–¿Y qué más?

–González, será–, dice.

Hay un silencio breve y una sonrisa del médico y de la hermana.

–¿Cuántos años tiene?

–Serán sesenta o setenta. Segura no estoy–. Entonces esta mujer se vuelve y le pregunta a una mujer más joven que ha entrado con ella, pero que tímidamente se ha quedado apoyada en el quicio de la puerta.

–¿Tú lo sabes, hija?

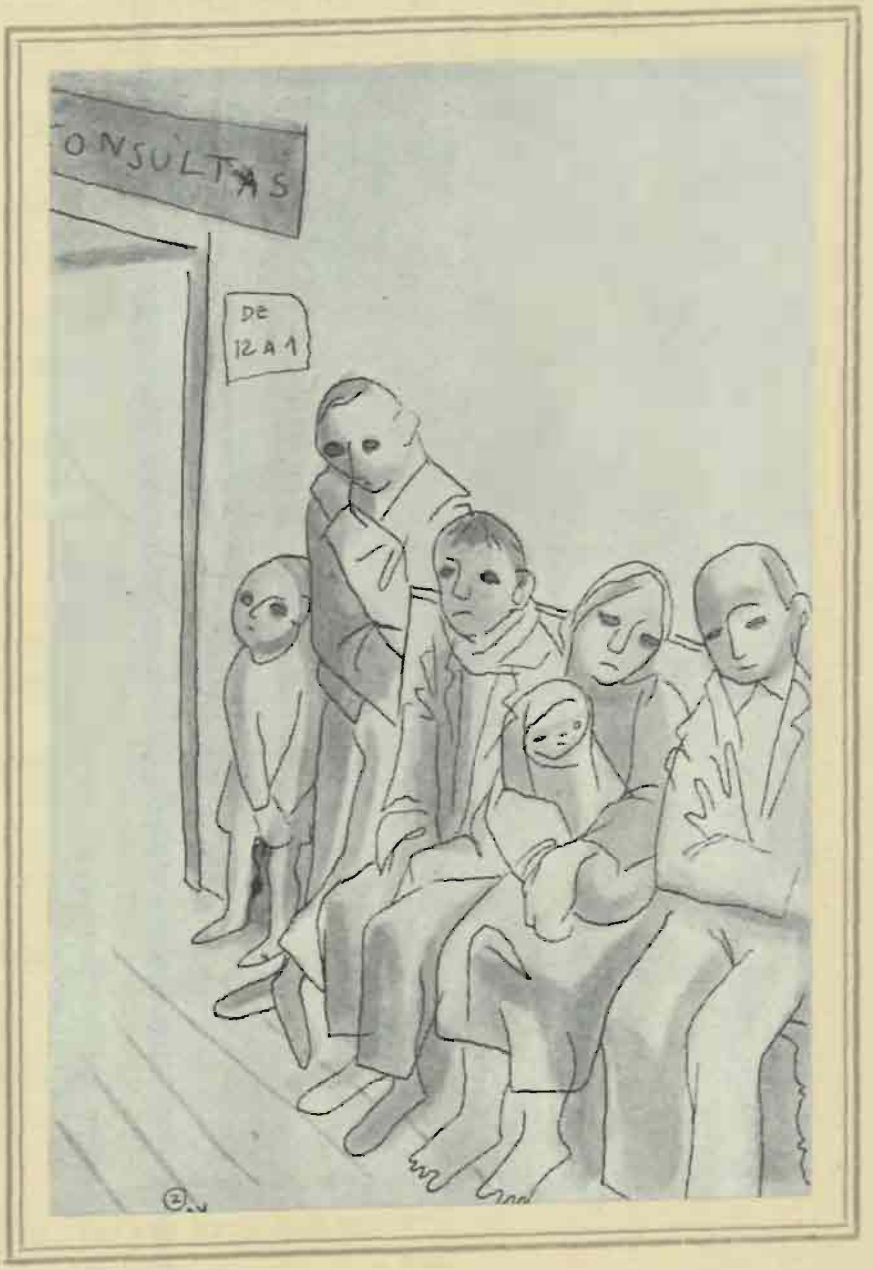
No, la hija no lo sabe. Serán sesenta o setenta, como dice su madre.

–¿De dónde es usted?

–Del Sur.

Para ella no han existido sino dos puntos cardinales, dos países, dos lugares en el universo: el Sur, su

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tierra, y el Norte, esa otra parte de la isla que ella vió un día, hace mucho tiempo, y que era verde.

Poco a poco dice que es viuda, que ha tenido nueve hijos y que viven sólo tres.

—Se me murieron los seis de jóvenes, uno en la guerra y los otros de males en la cabeza.

El marido se murió en Cuba.

—No quiso venir cuando la moratoria y me embarcó a mí. Después se murió de la fiebre esa que da allá. Me lo contó un compadre que vino de la Habana.

Hay que interrumpirla porque es capaz de hacer su biografía y no decir a qué ha venido.

—Cuéntenos qué le pasa.

—Pues, dicen que es la madre caída.

—No, no, ¿qué molestias siente usted?

—¡Ay! —suspira—, si le cuento no termino. Pues picadas y que me canso. Tengo como el cuerpo ataimado y sin ganas de comer. Yo creo que son los años.

No ha dicho que el vientre ha crecido mucho en poco tiempo y que ha adelgazado mucho.

No ha dicho que tiene unos dolores insoportables.

No ha dicho que tiene hemorragias con mucha frecuencia.

No ha dicho nada que pueda acercarse a la certidumbre que ella tiene de su enfermedad.

La disfraza de sencillez y le quita importancia.

El médico la explora y se da cuenta de lo urgente del caso.

—¿Cuánto tiempo lleva usted así?

—Será un año, o más.

—Va usted a ingresar, hija. Tenemos que verla bien. Tal vez haya que operar.

—Si usted lo dice, será así.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ha quedado en silencio. Y después pregunta:

—Y ¿usted cree que para la fiesta estaré buena? Es que tengo una promesa.

—Tal vez, haremos lo posible.

—Bueno, pues muchas gracias y que Dios le dé suerte y salud.

Va a marcharse y es la hija quien tiene que decirle:

—Madre: se tiene que quedar aquí ya.

—¿Sí, hija? Bueno, pues aquí me quedo.

La hermana le indica que espere hasta el final de la consulta para darle el ingreso y señalarle su cama.

Ella aguarda en la sala. No habla. Tiene en sus manos un paquete, con ropa probablemente.

Ya está segura, desapareció la duda de su corazón.

No hay ansiedad ni amargura en su alma.

—¡Ay!— suspira.

Será el final o quizá el principio.

Entre tanto un nuevo enfermo ha pasado al despacho.

Yo he visto junto a esta viejecita una blanca figura alada. Sólo yo la he visto.

Y he suspirado también porque sé que cumplirá su promesa a la Virgen, e irá, descalza, en la procesión.

Y es que ella no sabe su edad, apenas su nombre y ha tenido nueve hijos.

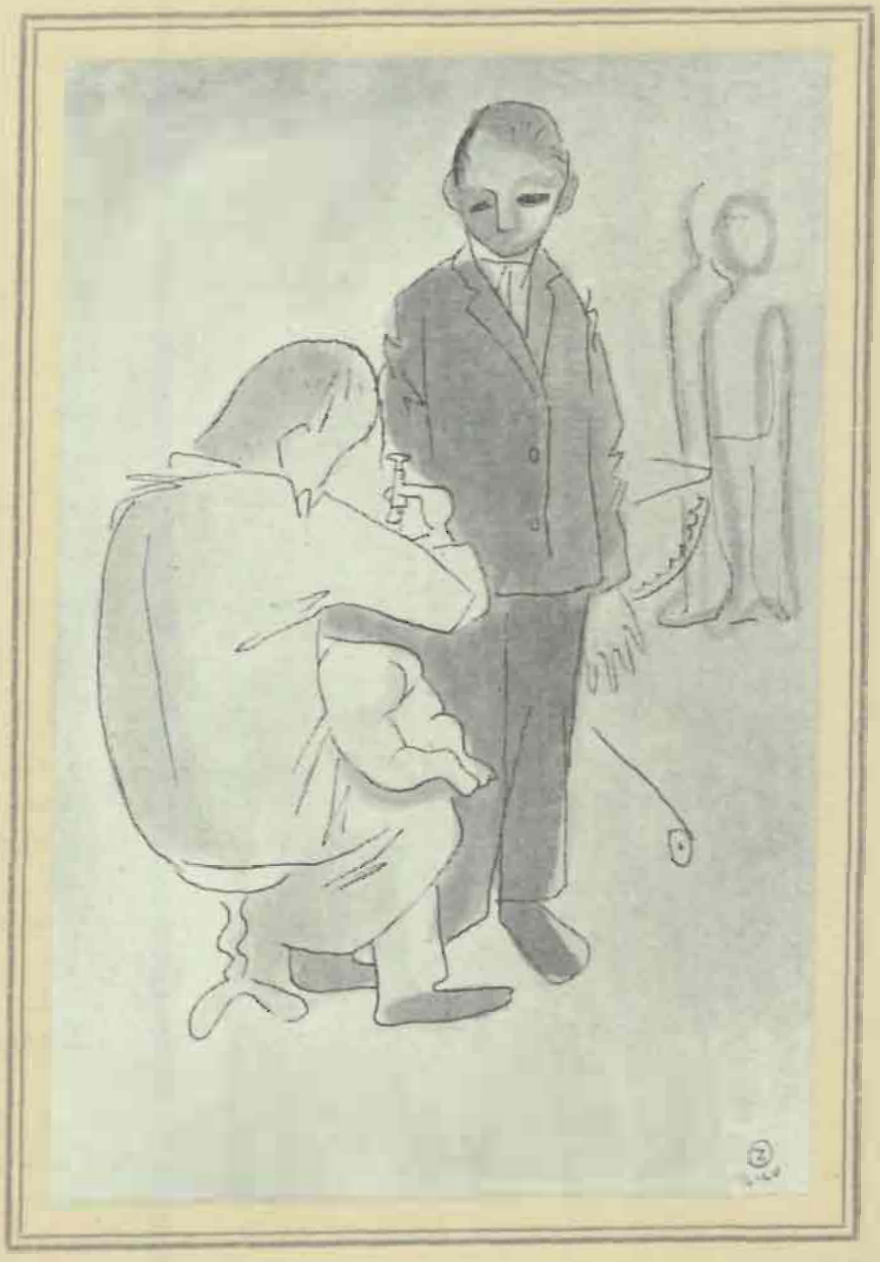
¿No es bastante para curar?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA VISITA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LOS jueves y los domingos hay visita en el Hospital. Desde una hora antes de la señalada, desde una hora antes de que el portero de turno haga sonar la campana y abra las puertas de rejas de la entrada, los visitantes van apareciendo.

Todos saben que tienen que esperar, pero muchas mujeres preguntan una y otra vez:

—¿A qué hora se puede pasar?

El portero contesta invariablemente y con un tono cansado:

—¡A las cuatro, señora!

Yo me doy cuenta de esto y pienso en que esa mujer no quiere perder un solo minuto, que quiere entrar la primera y correr hacia ese enfermo, hijo, esposo o padre, que descansa en la cama limpia su dolor o su

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

alegría de enfermo, que también hay alegría en la enfermedad.

Esa mujer pregunta para hacer menos impaciente la espera y para recordar al portero que ella está allí, que él debe tocar a la hora justa, y que la tardanza de ahora puede ser una interrupción en la caricia y la conversación, cuando suene la campana de salida.

Y ella no quiere salir precipitadamente, sino con lentitud, gastando ese minuto de despedida en un beso o en una mirada.

Todos esperan. Hablan entre sí y se cuentan de sus enfermedades y de sus enfermos.

Los niños corren en la calle y gritan y juegan.

Y yo contemplo esos dos mundos, en un instante separados por un sonido de campana, por un chirriar de una puerta, por un minuto del reloj del Hospital.

Esos dos mundos tienen el mismo dolor y la misma esperanza, me digo. Sólo existen un poco cada día de visita, en esa hora de espera, ante la puerta del Hospital.

Ha sonado, ¡al fin!, la campana.

Yo estoy sentado en la portería y todos los visitantes pasan ante mí. Pasan rápidamente, en masa pero sin empujarse. Saludan al portero, deseándole «¡Buenas tardes!» con una sonrisa. Pasan y pasan. Ya no se oye sino un murmullo de voces en las salas y en los corredores del Hospital, un pisar rápido de los rezagados y alguna que otra vez, un llanto de niño o una risa femenina.

Algunas veces doy un breve paseo por los corredores y las salas durante esa hora de visita.

Junto a cada una de las camas hay un grupo de gentes que hablan, en un tono menor generalmente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Los enfermos relatan sus alivios o sus dolores. Cada pequeño suceso es contado con los mayores detalles, y la vida de fuera, del campo, de la casa, entra silenciosamente en el Hospital.

–¿Cómo estás, Juan?– dice la madre besándole.

–Mejor, madre. Ayer me dijo el médico que el viernes me podía levantar. Todavía tengo picadas, pero son más flojas.

Hay un breve silencio y Juan pregunta:

–¿Padre? ¿No vino?

–No pudo, hijo. Él me dijo que mañana se daría una vueltita a ver si podía verte. Hoy se pasaba don Luis el día en la finca y tenía que hablar con él, pa lo de la ternera. Pero mañana viene, aunque sea un fisco.

Pocas palabras y las palabras llenas de silencios y de ternuras.

Después siguen hablando de otras cosas sin importancia. Pasa el tiempo, ¡ese tiempo que parecía tan corto en la espera!, y la conversación decae, se termina. No hay nada que decir.

Pero la madre espera junto a la cama, hasta el final, hasta que la campana avisa de nuevo.

Y es, en ese momento, cuando surgen los olvidos, los recados, en la memoria, y son dichos precipitadamente.

Otro beso de despedida. ¿Me habré olvidado algo?

–Hijo, este ramito de flores para la hermana, ¿tú se lo das, verdad?

–Sí, madre, déjelo aquí, que ella viene ahora o si no déselo a ella; está allí, en el cuarto de cura.

–Adiós, hijo, hasta el jueves.

–Adiós, madre, y dele recuerdos a Felisa, la de señor Pablo, si la ve.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

–Serán dados Juan. Adiós, hijo, hasta el jueves. Y que te pongas bueno.

Esta mujer se aleja y busca a la hermana para entregarle ese ramo de flores, casi olvidado ya.

–¡Cuídemelo, hermanita! ¡Míreme que es la rama y no tengo otra!

–¡Vaya con Dios, mujer, si el chico está ya bueno!

–¡Ay Dios, que me olvidaba! Tenga estas floritas pa la Virgen.

Por fin ha entregado sus flores. Una vez las trajo y se olvidó de entregarlas. Después le dió vergüenza entrar y las llevó a su casa otra vez. Por el camino se decía:

–¡Condenada mujer! ¿Dónde tienes la cabeza?

La campana, la campana. Otra vez pasan ante mí los visitantes.

Yo estoy sentado junto a la escalera.

Recuerdo que, una vez, un hombre viejo y curtido por el sol de muchas siegas, salió con unas lágrimas silenciosas en los ojos y una clara sonrisa.

Me confundió con el portero y puso en mi mano dos pesetas.

–Tome –me dijo–, pa que se tome un café.

–No, hombre, gracias.

–Sí sí, –insistió–, el muchacho está salvo ya, a Dios las gracias y al señor médico, que bien lo cuidó. Tómese el café.

Yo no podía decirle que estaba equivocado. Y cogí aquellas dos pesetas y me tomé el café.

Y como no era entonces sino un portero del Hospital, aquel café tuvo un nuevo sabor para mí, un delicioso sabor, inigualado aún en el recuerdo de mis labios.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA URGENCIA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HA sonado el timbre de la puerta en el Hospital. El sonido recorre los pasillos, las salas, sube las escaleras hasta llegar a los oídos de la hermana que vela esta noche.

Ella hace la ronda por las salas en esos momentos. Yo, que descanso en la cama, he oído también esa llamada y me he preguntado cómo es posible que el dedo que aprieta el pulsador, pueda transmitir a esa objetividad eléctrica que es el timbre, una tonalidad tan angustiosa, tan apremiante como es esta llamada a la casa de los enfermos, justo cuando suenan las doce de la noche.

Pienso en el hombre o la mujer que llama, en su congoja por la necesaria tardanza en el abrir, en su frío allí fuera, en su prisa por saber algo de la enfermedad, del dolor que soporta la persona querida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Antes de sonar el timbre, yo había oído parar un automóvil junto a la puerta del Hospital.

Ha vuelto a sonar el repiqueteo angustioso.

Me he levantado y sobre el pijama me pongo la bata blanca.

Ha sonado la voz de la hermana, llamándome. En el silencio tranquilo de la noche, vuelve el reloj a repetir la hora.

Al pasar por la galería me doy cuenta de que llueve. Es una lluvia fina, que acalla los ruidos. Hace frío.

Sobre la mesa de reconocimiento está una mujer muy pálida y callada. Respira con dificultad y mira un poco indiferente a lo que la rodea. Un hombre, a su lado, silencioso también, sostiene entre las suyas una mano de esta mujer. Estamos los tres solos en la habitación esperando la llegada de los enfermeros con la camilla.

—Estaba bien hace un momento. Le dió un dolor muy fuerte y se quedo así, sin hablar y blanca como la pared. La traje aquí lo más pronto que pude —me dice—. Y luego, apartándose de la enferma, me lleva afuera, al patio. Después, en voz más baja, me pregunta:

—¿Se me va a morir, verdad?

Sé que es necesario intervenir rápidamente y he llamado al practicante de guardia. He dicho que preparen el quirófano y la hermana ha marcado en el teléfono el número del cirujano que está de urgencia.

Entre tanto, el practicante va tomando los datos de la enferma: nombre, edad...

—Hermana, ¿quiere decir que preparen con urgencia una transfusión?

La luz de la habitación está muy alta y tiene el mismo frío que el aire de la noche.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Enciendo un cigarrillo y ofrezco otro a mi anónimo y angustiado acompañante.

Paseo despacio por el corredor en espera del cirujano y me pregunto por qué va a morir esta mujer. Sé que va a morir como lo sabe ella y lo dice con sus ojos. Su muerte será tranquila y dulce, casi un ligero sueño sin importancia.

Pero, ¿hay alguna razón para esta muerte?

Pasa el tiempo. Siempre eso que pasa se llama tiempo. No vida, no existencia, no dolor. Se llama tiempo cuando debe llamarse presente, nada más.

Ha salido la enferma conducida por los enfermeros.

Casi en el mismo instante se oye el timbre nuevamente.

Pero suena ahora tranquilo y una sola vez.

Ha llegado el cirujano y le recibo. Brevemente expongo el cuadro clínico.

—La enferma está en el quirófano—, dice la hermana que ha llegado hasta nosotros silenciosamente.

Subimos en el ascensor.

Comienza el ritual de la alta magia blanca.

La enferma duerme ya tranquila.

Como sobre un altar, da principio la ceremonia.

Yo sé que abajo un hombre reza y se arrodilla.

Y sé que su oración ayudará las manos del hierofante.

Mi último pensamiento es para él, para este hombre solo con su oración, quizá por vez primera en su existencia.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PEPITO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PEPITO es uno de los porteros del Hospital. Siempre lo he conocido igual: insignificante, delgado y con ojillos pequeños e inquisidores. Su edad no tiene medida justa, cincuenta o sesenta años, y yo creo que él mismo la ignora.

Pepito tiene un abrigo grueso y enorme en el invierno. En el verano un traje gris, oficial y confuso. He pensado que si llevara unos galones en la manga se sentiría más feliz.

La historia de Pepito llenaría páginas enteras porque ha sido todo: marino, cocinero, náufrago tres veces, guardia de seguridad, camarero, portero y algunas otras cosas más que no vienen ahora a la memoria mía. Pero, por sobre todo ello ha sido Pepito. Eso nada más: Pepito.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Siempre lo he visto apoyado en el barandal de la escalera de la entrada, fumando un cigarrillo fuerte y diciendo bromas con un léxico rebuscado, lleno de palabras de esas que sólo se encuentran en los diccionarios.

Cuando está callado, sus ojillos ríen sin mirar y piensa Dios sabe qué, recuerda pasadas aventuras o intenta solucionar un problema cualquiera de poca importancia.

Hace mucho tiempo, cuando en el Hospital había un departamento para dementes, Pepito era «loquero». Aún nos cuenta cosas de aquella época que nos hacen reir.

Es un infatigable bebedor de café y un fumador empedernido. Le gusta jugar a las loterías y rifas locales. Siempre que tiene una peseta compra un boleto de fútbol o un cupón de los ciegos. No creo que haya ganado nunca.

Nadie le conoce defectos. Perdón: tiene uno. Ser excesivamente bueno, con un carácter capaz de admitir todas las bromas. Yo sé que algunas de ellas han sido muy pesadas, pero él se ríe con su risa de ratoncillo cada vez que las cuenta.

Conoce a todo el mundo y si por él fuera, la disciplina del Hospital, en cuanto a las visitas, no existiría, porque dentro de su alma simple y buena no hay cabida a la negación.

—¡Anden, anden, pasen! —dice a las visitantes que le ruegan—. Deprisita, que hay fuego en la plaza de toros.

Una frase sin sentido, pero que hace reír a las mujeres que le han rogado.

Siempre es así. Los enfermeros, las empleadas, los practicantes y los médicos tienen una frase o una broma para Pepito.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A veces lo llaman «el director» y él se ríe y pronuncia una de sus sentencias sin sentido.

—Sí, señor, director de la banda castrense de cocineros. ¿Pasa algo?

Después vuelve a reír sin gracia y se queda serio apoyado en la escalera.

Todos los visitantes le saludan. Siempre está pidiendo pequeños favores, pero jamás para él mismo.

—Hermanita, ¿por qué no deja pasar a esta chiquita que tiene al padre malo?

A un enfermo convaleciente le dice:

—Oye, muchacho: vete a comprar unos cigarrillos a ese abuelo que está sentado allí, el pobrecito.

Al médico:

—Don José: Mire a esta pobrecita, que es de lejos. A ver si la puede ingresar. No tiene a nadie aquí y está mal, ¿verdad que está mal?

Cuando se le pide algo contesta:

—Sí, sí, ahora mismo se lo hago.

Y se preocupa de hacerlo y lo hace bien.

Pepito es único, insustituible. ¿Hay alguien que no lo quiera de verdad?

Por eso he tenido que hablar de Pepito; náufrago, cocinero, guardia de seguridad y muchas cosas más.

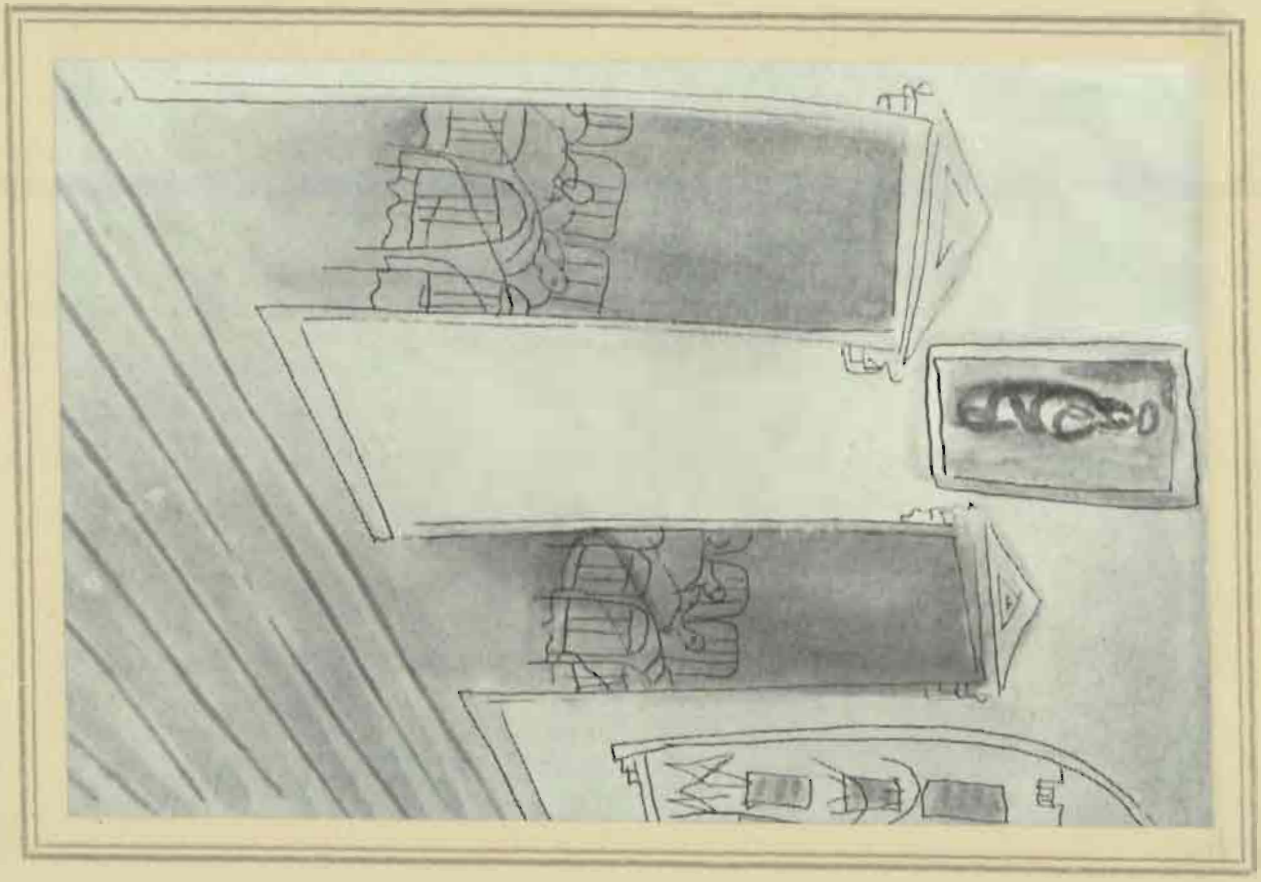
Sobre todo ello, Pepito es un hombre bueno, tan bueno tan bueno que cuando se vaya —todos debemos irnos— se habrá ganado por oposición el cargo de portero del Limbo y los niños le oirán decir entonces al entrar:

—Deprisita, deprisita, que hay fuego en la plaza de toros.

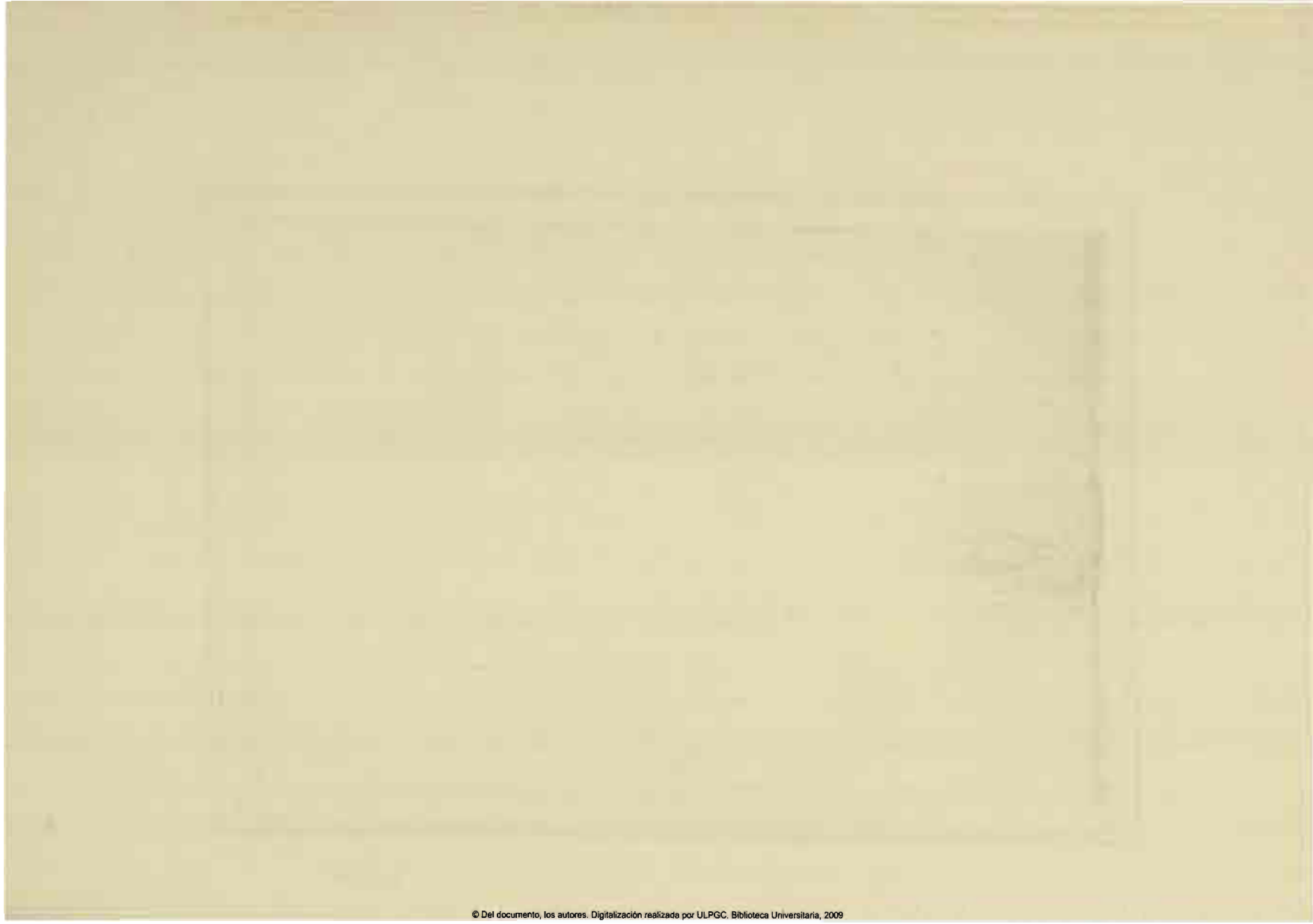
Y los arcángeles sonreirán y quizá le den una peseta para que tome café en una nube o compre un boleto de apuestas para la liga celeste, que siempre sale premiado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL DOMINGO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HE llegado a las seis. Voy a pasar tres horas en el Hospital y llevo unos libros para estudiar un poco. Es una tarde tranquila la de este domingo de Septiembre.

Septiembre es el mes de las tardes apacibles y claras.

El portero de turno habla con una mujer vestida de amarillo nuevo, estridente. Esta mujer, joven y no muy bella, es probablemente, hija o hermana de una enfermera del Hospital. Aguarda a su madre y habla con el portero. Se ha puesto su traje de domingo quizá para olvidar esa tristeza del atardecer, esa pesadumbre abúlica de todas las tardes de los domingos en la ciudad.

Me llega a la memoria un verso antiguo: «Dejad esa tristeza, es toda del domingo». Nunca he recordado ni

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

un solo verso más de ese poema, ni quiero. Esta imagen del verso que acude a mi memoria es demasiado sutil para empañarla con cualquier otra parte del poema.

–¡Buenas tardes!

–¡Buenas tardes!– me contestan. Y siguen hablando. Y la mujer vestida de amarillo ríe mientras me alejo.

¿De qué reirá? Me pregunto.

–¡Buenas tardes, hermana!

–¡Buenas tardes, don Carlos!

Me detengo un momento.

–¿Hay algo nuevo, sor?

–No. Todo está tranquilo. ¡Dios quiera que no haya nada esta tarde!

–Hasta luego, sor.

–Adiós, don Carlos.

Los enfermos descansan en la terraza baja, sentados en los bancos.

Doy a todos las buenas tardes. Algunos no me contestan, pero no importa. Yo sé que ellos quieren decir también «¡Buenas tardes!», pero callan por no mentir.

¿Cuánto tiempo hace que sus tardes no son buenas?

Además, sólo hace una hora que se han marchado las visitas. Los domingos son días de visita en el Hospital. Tal vez, esa visita que ha tenido hoy el enfermo que no contesta a mi saludo, le trajo una mala noticia. Tal vez se siente solo y recuerda a su hija que le besó antes de salir.

Por eso no importa que mi saludo no tenga respuesta. El hombre piensa y recuerda. Tal vez no me haya oído.

Llego a mi habitación. ¿Cuántas tardes he pasado aquí? No quiero saberlo pero me lo pregunto hoy calladamente y con un poco de temor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Tres horas cada tarde durante cinco años. ¿Será mucho tiempo?

Hago el cálculo en un trozo de papel que está sobre la mesa. Antes calculaba mentalmente. Ahora he perdido esa costumbre y no quiero volver a ella.

He terminado mi cuenta. Me he pasado ciento ochenta y ocho días en el Hospital, en estos últimos cinco años. He contado un año bisiesto también.

Realmente es poco tiempo.

Abro la ventana. Una brisa fresca atraviesa mi cuarto.

Cuelgo mi americana y me pongo la bata blanca.

Ahora cierro la puerta.

Se oyen las campanas de la Iglesia y las del reloj del Hospital.

Son las siete menos cuarto.

¡Cómo ha pasado el tiempo entre escribir y pensar!

Me siento a leer, a estudiar un poco.

«Ahora bien, como las diversas formas de psicosis descritas...»

II

Han llamado a la puerta.

Miro el reloj, son las ocho y media de la noche. ¿Cuándo encendí la luz?

Me levanto y abro.

—Don Carlos, —dice el practicante de guardia—. La hermana que si puede llegarse a la sala siete. El enfermo que entró esta mañana está peor.

Yo sé que la sala siete es la sala de enfermos infecciosos.

—¿Qué tiene?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

–Tétanos. Y se queja mucho– me contesta.

Este practicante es un muchacho alto, con gafas, muy serio y respetuoso. Tiene cara de profesor de filosofía. Habla de una manera cortante. Cada frase es como una sentencia. Entre una y otra frase, un largo silencio.

–Es agradable este muchacho– me digo.

Me acompaña a la sala.

El enfermo no está como pensaba. Está bien dentro de su gravedad. Se queja porque le duelen las piernas.

–¡Tengo calambres!

–Su gráfica– digo.

El practicante me da una gráfica.

–¡No puede ser! ¿Tanta fiebre?

–¡Perdón! Me he equivocado; ésta es la de este enfermo– me dice, señalando la cama contigua.

La hermana llega entonces.

–¡Buenas noches, hermana!

–¡Buenas noches, don Carlos!

–¿Cree que puede ponérsele un poco de luminal?

–Sí, hermana.

–Tiene ya tratamiento –sigue diciéndome–. Don Miguel lo vió esta mañana.

Firmo el recetario.

La madre del enfermo, una mujer pequeña y angustiada, me pregunta:

–¿Usted cree que se morirá, señor médico?

–No, hija, ¿por qué va a morirse? Tenga paciencia. Mañana estará mejor.

Salgo de la sala. Me acompaña la hermana y ese practicante con cara de de filósofo joven.

–¿Qué le parece?– dice la hermana.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

–¡Está bien, sor! Ya verá como no se muere.

–¡Dios le oiga!

Caminamos los tres en silencio por el largo corredor débilmente iluminado. En el reloj del Hospital han dado las nueve.

–¡Buenas noches, hermana!

–¡Buenas noches, don Carlos!

El practicante me acompaña a la habitación y se despide.

Me quito la bata y me pongo la americana.

Recojo mis libros y mis papeles.

Oigo llegar un automóvil que se para frente al Hospital.

Apago la luz y salgo de la habitación. Cierro la puerta.

Ha llegado mi relevo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA MADRUGADA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA BIBLIOTECA

C'est la ronde qui comence.
(De una canción).

NADIE conoce cómo empieza el día en el Hospital.

Acaban de dar las cuatro de la madrugada. Ha sido una noche tranquila pero no he podido dormir.

Hace calor. Ni aun la brisa del mar cercano ha refrescado el aire. Es el verano nuestro, tardío pero fuerte.

Dentro de un instante comenzarán las voces, los ruidos, las campanas, el abrir de las puertas, la llegada de los empleados.

Yo he subido a la terraza del último piso y veo salir el sol.

Hay silencio, sólo silencio en las salas y los corre-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dores. De fuera llegan ruidos, esos lejanos ruidos de la madrugada. La voz de un hombre que camina cantando hacia el trabajo. Los pasos cortos y rápidos del trasnochador miedoso del sol, que corre a su refugio; la voz que grita un nombre distante; unos gallos que cantan perezosamente; y como fondo a todo esto el ruido sincrónico de la fábrica cercana, un pulso rápido y duro de turbinas y motores que apenas podrá percibir nuestro oído cuando las luces eléctricas se apaguen pero que está siempre allí, latiendo en el fondo del sonido; y más profundo aún, casi inalcanzable, el rumor del mar trayendo y llevando espumas sin cansancio, igual, seguro y fuerte.

Todo esto oigo desde mi terraza alta del Hospital a esta hora de nacer las cosas al día, los caminos y los afanes.

La campana ha sonado y ha llamado a la primera misa.

Se oyen toses tímidas, de otras salas, que suben por los patios a mis oídos.

Todo comienza lentamente en el Hospital y lo que ahora es movimiento cansado, desperezo o desgana, se convertirá a mediodía en un torbellino y en una actividad irrefrenables.

Y es que cada hora tiene su afán.

Va el sol dando en las ventanas ya. Entra en las salas, rojo y violento, alegre y reidor. Los enfermos se van despertando con lentitud. Algunos esconden la cabeza bajo las sábanas para prolongar el sueño o la noche, que les deja olvidar el dolor. Los dolientes, en cambio, se alegran del día, ya sienten el alivio de la luz y las caras pálidas de la noche en vela toman otro color más encendido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y entonces llega un dulce sueño a los inquietos, un tenue sopor agradable y tranquilo.

Y así veo también que no sólo cada hora sino cada minuto trae su carga de sueño o de vigilia, de alegría o de pesar, de vida o de muerte.

Desde muy abajo llega el humo de la cocina recién nacida a su oficio. La madrugada y el humo van siempre juntos. Como la tarde a la fragancia y el olor de la tierra a la lluvia.

He oído pasos cercanos. Una hermana me da los buenos días. El ruido del ascensor, ahora; unas risas, más pasos por los corredores, más luz. Las puertas se cierran y se abren. Mana el agua de las llaves, oigo rodar una camilla. Las voces han dejado de ser tímidas.

En la calle hay gente que va y viene.

Así comienza la mañana, lentamente, como decía Juan Ramón.

Bajó despacio las escaleras.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!— respondo.

He llegado a mi habitación. Oigo al chico vocear el periódico.

Tengo sueño ahora, ese dulce sueño de la madrugada, que ya es una mañana clara y precisa.

Voy a tomar café. Por el barranco craza un airecillo fresco. Me froto las manos. El olor de la mañana es salado y puro.

El Hospital está despierto ya.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LAS HERMANAS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

POR qué están aquí, desviviéndose, cansándose y padeciendo cada día? Rezando, trabajando y sonriendo. Llorando y alegremente dando todo sin que nadie especialmente haya solicitado para ellas este quehacer.

¿Por qué están aquí estas mujeres con la toca blanca, siempre despiertas y sin gesto de un cansancio que necesariamente existe?

¡Cuántas veces me he hecho esta pregunta y de cuántas maneras diferentes me he respondido también!

Como si para el dolor estuvieran hechas. Como si para una eterna caridad hubieran edificado sus espíritus. Como si el mundo se hubiera convertido en salas y corredores, en hombres y mujeres que sólo pueden ofrecerles sus dolores como presentes ingratos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Qué vana suena la palabra Caridad después de haberlas conocido, después de comprenderlas y convivir con ellas en las tareas diarias de mi Hospital!

Hay algo en ellas que no he comprendido nunca. Cómo es posible que seres humanos, con los defectos, las flaquezas y las debilidades de los hijos de Dios, puedan llevar a cabo esa misión de terrible sacrificio.

Porque no sería extraño —no es extraño— que los elegidos por Su mano fueran capaces de curar las llagas de los enfermos, de los mayores trabajos, de los más inauditos martirios. Pero ellas, no. Nada se les exige. Su libre decisión las ha llevado a ese doloroso camino. Los lazos con que se atan son débiles a nuestro ignorante parecer, pero ¡qué fuerza han de tener esas cadenas a las que se sujetan en silencio, que son capaces de soportar toda la vida esa enorme tensión de lo que fuera de las paredes de la casa palpita siempre!

Ellas son las Hermanas de la Caridad y la nuestra —esa forma de ayuda que nosotros llamamos caridad— apenas es un grano de arena al pie de la montaña.

Despiertas con el alba, acaban su trabajo diario cuando el sol se ha dormido ya en el primer sueño. Pero siempre una de ellas ronda y ronda las salas de la casa buscando un quehacer, dando una ayuda, un consuelo o una sonrisa.

Y en los ratos de ocio —que yo sé que no existen—, bordan y bordan, sin descanso para los ojos y para las manos.

Ellas son esa santa levadura, porque a su lado crece el bien.

Y por ello he querido escribir estas breves palabras sobre ellas, aunque fuera para decir tan poca cosa de tan alta cima.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA VIDA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EN el Hospital hay una sala que no se parece a ninguna otra. Está, bajo la protección de San Ramón, en el tercer piso, al final del corredor de la izquierda, según se sube la escalera grande. Allí no sabremos nunca el valor de la risa o el llanto, porque nacen tan juntos que aparecen confundidos ante nosotros. Es la sala donde la vida tiene su mayor afán y su trabajo más difícil. Y está alta, arriba, solitaria como un santuario al que no puede visitarse sino muy rara vez. Siendo bueno que esto así suceda, porque la vida que empieza es débil y llora y puede dejar de ser en un instante, si las manos ajenas la tocan.

Está más cerca del cielo y más cerca del mar que otra ninguna. Y la brisa salada entra por los ventanales abiertos, llevando siempre en sus labios una canción de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuna espumosa y marina. Es la estancia de la vida nueva esta Sala de San Ramón.

Al pie de cada cama, hay una pequeña cuna metálica que se mueve, rítmicamente ayudada por el pie de la madre, cuando llora el recién nacido. Estas cunas son como unas manos abiertas esperando la llegada del hijo o también como pequeñas barquitas en las que, ese niño o niña que ha nacido, hace su primer viaje.

Esta Sala tiene un aire de tránsito, un algo de cosa no definitiva, de lo que comienza y va, Dios sabe a dónde.

Las mujeres tienen la cara alegre y manchada. Hablan entre sí. Arrullan a los hijos o esperan el día, la hora, el momento de la creación.

Porque entonces, cuando el hijo nace, cada mujer es una forma, una manera de Dios dando la vida. Y por eso son tan puras y tan dulces las miradas de las madres.

He aquí que una mujer ha llegado a la puerta del Hospital. Esta mujer, que lleva un hijo próximo, inminente ya, no tiene que preguntar por nada ni por nadie. No tiene que pedir permiso, sólo entrar y subir. No importa, tampoco, la hora, que cada hora es buena para nacer.

Ella camina despacio, y en su gesto hay cansancio, desasosiego y esa indescifrable máscara de esperanza y del hijo.

En la puerta misma, el esposo o la madre dan el beso de despedida. Ella sigue su camino como si no le importara la separación. Los que se quedan están tristes. Quisieran estar a su lado en los instantes dolorosos y en la alegría de lo concluido.

Pero no puede esto ser así. Y se resignan. Llama-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

rán pronto preguntando, inquiriendo, exigiendo noticias de la madre y del hijo.

Y con su carga, la mujer sigue su camino hacia la Sala de San Ramón.

¿Cuántos niños habrán nacido allí? En un momento de descanso, he mirado los libros en los que se anotan los nacimientos y he visto el último número. Es una niña, la primera hija de una mujer joven. Todo ha ido bien, me dicen las palabras escritas en el libro. Y entonces me he preguntado por esa niña y por su destino, en esa inútil manía que tengo de preguntármelo todo, aun lo más absurdo y lo más desconocido.

Pero no creo que haya nada que preguntar. En la Sala alta no se hacen preguntas porque todo está dicho ya desde el principio.

El destino de cada risa infantil inaugurada allí, está, como todo, en las manos de Dios. Y el destino de esa última niña nacida en la Sala de San Ramón no nos importa si no es para darle nuestra ayuda cuando le sea necesaria.

Quizá, pienso, ella vendrá a la sala un día, con su cara manchada y su mirada de alegre sufrimiento.

Esto me hace dejar de pensar en los destinos de los hombres para recordar al poeta.

Y pienso entonces que sobre la puerta de la Sala de San Ramón se debía colocar esta frase del poeta Pedro Salinas:

Que alegría saber que en cada hora
algo que está viniendo nos espera.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

©Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UN MOMENTO ANTES

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HE hablado con muchos enfermos antes de ese momento —definitivo y pleno de ansiedad— en el que de la luz riente pasan al sueño tranquilo de la anestesia. Y lo he hecho así porque entonces aparecen —como extrañas y asombrosas plantas que repentinamente hubieran crecido de una semilla recién puesta en la tierra— todos los temores, los miedos y las constelaciones de la personalidad de cada cual, hasta esos instantes inexistentes, dormidos o desconocidos.

Porque la intervención quirúrgica es una prueba dura en la vida de cualquiera.

No soy el primero que lo digo, ni seré el último: las mujeres aceptan el trance con entereza. Suelen rezar a la Virgen y sostienen la mano del arenero que va

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lentamente llenando los ojos de polvo leve, cansando los párpados, hasta que el sueño que por sus venas llena la sangre, se hace profundo, profundo...

Los hombres no tienen esa aquiescencia. Sus músculos están tensos. Cierran los ojos. Aprietan las manos y entran en el sueño intranquilos y poco confiados.

Pero después son iguales. Duermen y duermen, soñando ignoradas cosas, porque nunca recuerdan nada al despertar y nada cuentan si preguntamos por los sueños nacidos entonces.

Las mujeres suelen decir:

—¡Duérmame! No quiero saber. No quiero ver. No quiero sentir.

Los hombres no lo dicen. Generalmente están callados y dejan hacer, nada más.

Esto no es afirmar que todos sean iguales. «Dime cómo duermes y te diré cómo eres», debe decir un refrán que, si no existía, helo aquí ahora, siendo ya para mí cierto y también para aquellos que trabajan en los quirófanos habitualmente.

Así da principio ese ritual quirúrgico, tan aparentemente frío y mecánico y no obstante vital y tenso, preocupado y cuidadosamente medido, pensado, previsto en todos sus menores instantes.

Muchos enfermos me dicen en la antesala del quirófano, donde esperan su turno:

—Para ustedes, que están acostumbrados, esto no es nada, pero ¡para mí!

Y entonces les cuento una pequeña historia:

Érase una vez un hombre fuerte y batallador, decidido y violento que, por un azar desgraciado, tuvo un accidente grave y hubo de ser sometido a una intervención arriesgada y peligrosa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Reuniéronse ante su lecho varios cirujanos a los que había llamado y el enfermo les dijo:

—Quiero que aquí, en mi presencia, digan y discutan mi caso. Pagaré cuanto sea, pues soy rico. Han de hacer el mejor trabajo.

Entonces, los cirujanos, uno a uno, fueron hablando. Todos pensaban de idéntica manera, cosa no rara, pues el caso no era discutible.

Y todos comenzaron a vivir la tensión de la próxima hora.

Nuestro hombre se asombró mucho cuando los vió serios y meditativos.

—¿Pero ustedes no están acostumbrados ya a esto?— les dijo. Y el más sabio de ellos, que era el que más temor guardaba en el corazón, le respondió:

—Sí, estamos acostumbrados como usted dice, pero cada enfermo se nos lleva un poco de nosotros mismos, porque nada puede habituarnos al temor que nace con cada caso.

—¡Tienen miedo de intervenirme!

—Sí. Siempre tenemos miedo y nuestro sueño no es tranquilo antes ni después de hacer lo que bien sabemos.

—Pero, ¿entonces? —interrogó el enfermo—. ¡Yo creí que para ustedes no existía el temor!

—Todo saldrá bien. Es imposible evitar nuestro estado de ánimo. Pedimos a Dios nos guíe y nuestra sonrisa es sólo disfraz de la preocupación. Y usted, desde hoy, tendrá su vida ya formada por un poquito de la nuestra. No se asuste usted. Todo saldrá bien. Siempre de este modo sucede, si Dios lo dispone.

Esta pequeña historia sirve para enseñar que el hombre está entre los hombres.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Los sufrimientos suyos se comparten y muchas veces es el cirujano quien tiene el alma con mayor congoja. El enfermo tiene su padecer, pero el médico tiene el padecer de todos sus enfermos, aunque éstos no lo crean porque ven la cara alegre y la sonrisa fácil.

Y en la antesala del quirófano, entre un cigarrillo y otro, esos hombres de las batas blancas sufren y se agotan día a día, sin jamás acostumbrarse al dolor.

He aquí como da principio cualquier acto entre las cuatro paredes silenciosas del quirófano: con una montaña de temor y sufrimiento íntimo, con la blanca pureza de las telas, con un sueño tranquilo, con una oración.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TODO EN ORDEN

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

De pronto, la tranquilidad se convierte en un febril desasosiego. Las cosas comienzan a salir torcidas.

–Doctor –me dicen por teléfono desde la Central–, una enferma grave ingresará en la Sala. Subirá en seguida.

–Primer contratiempo.

–Hermana. ¿No hay una cama vacante?

Un suspiro de alivio.

–Sí. La cama número 3.

–Bien. Acuesten a la enferma inmediatamente.

El caso es grave, muy grave. Pero todo parece ir bien. Mi primer día de Jefe de Sala me permite salir del Hospital sólo con dos horas de retraso.

Al día siguiente todo ha empeorado.

Las enfermas se quejan de síntomas rarísimos y no padecidos en la larga estancia anterior. La visita diaria se prolonga.

–Doctor, el practicante está enfermo. No ha podido venir.

–Doctor, dice la hermana que se detendrá en el consultorio una hora más, pues ha tenido que arreglar unas fichas atrasadas.

–Médico –dice una viejecita que ingresó solamente porque tenía hambre, hace unos días–. Me parece que me voy a morir. Yo estoy muy mal.

He de consolarla y decirle que todo son figuraciones suyas.

Y luego, otra enferma que se queja del hígado.

Y otra que dice que le duele el apéndice.

–¡Pero mujer! ¡Si está usted operada!

–Perdóneme, no me acordaba –responde sonriendo–; será entonces el estómago.

Y así dos días más.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cada vez que cruzo la puerta de la Sala, oigo una risita irónica y satisfecha.

Levanto la cabeza y camino pisando fuerte.

¡Mañana llegará el Jefe de la Clínica! ¡Por fin!

He pasado la visita muy temprano. Todo está en orden, o al menos así me lo parece.

Han dado las once. ¡Aquí está!

–Buenos días. ¿Ha habido novedades en la sala? ¿Ninguna? ¿Verdad?

Preguntamos por su breve viaje, eludiendo la respuesta.

–Bien, bien. Todo bien. Y esto, ¿bien, verdad?

–Sí, todo está en orden –respondemos por fin.

La risita llega a nuestros oídos, fuerte y casi insultante.

Vuelve el trabajo a dar principio.

En realidad todo está en orden.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

SERVIDUMBRE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HE de hablar de nosotros, los médicos, la servidumbre del Hospital.

Ni elogio –fuera vanidad insultante– ni censura –indigno menosprecio–, he de decir. Tan sólo hablar un poco de nuestro cariño por la Santa Casa, afán diario de un quehacer grato que, como deber, imponemos a nuestra conciencia.

Ni a uno solo de los médicos que, día a día, trabajan para el hombre enfermo en el Hospital, puede oírsele decir palabras de reproche, desaliento o indiferencia acerca de él.

A todos puede oírseles hablar de la alegría con que una tarea se emprende allí, en la casa de los enfermos, y cómo es siempre agradable el ambiente en el que las cosas –enfermedades, salud, muerte y vida– se suceden.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Siempre ha sido el Hospital el lugar donde el médico se halla más en sí mismo, rodeado de las cosas queridas –llámense dolor, enfermedad o silencio fecundo–. Sin que sepamos ciertamente la causa, el Hospital es nuestra casa, porque, indisolublemente unidos al que sufre, procuramos, como anfitriones humildes, hacer más llevadera la estancia a los huéspedes, que no han venido a reír precisamente.

De ese contacto diario con el dolor, la vocación primera se alimenta hora tras hora o, si no existió algún día –he aquí una contingencia rechazable–, puede nacer pura y simplemente al pasear por las terrazas soleadas, en la consulta, en el quirófano, ante los ojos tristes de los enfermos, como si, a manera de semilla sembrada en el corazón en un lejano momento —en espera de la tierra fértil y el agua del llanto—, todo se hubiera acordado para precipitar el nacimiento.

Cada día hemos de dar las gracias por este Hospital. En cada segundo agradecer a los hombres y las mujeres que lo pueblan, la ayuda que dan permitiéndonos ser y hacer nuestro trabajo y nuestra caridad.

Siempre debemos dar gracias al pobre que alarga su mano ante nosotros, porque en ese instante nos deja la posibilidad de acercarnos a Dios.

He de decir también que todo deseo interesado se queda en la puerta de la casa. Esto lo saben los enfermos mejor que nadie y por ello acuden al Hospital; antes con desconfianza; ahora con fe. No en nosotros, no en las instalaciones o en los adelantos de la técnica, no por la pobreza. Solamente porque saben —sin que razonamiento alguno haya existido para así creerlo— que el Hospital es una gran mano de Dios, abierta siempre a sus hijos. Una mano de Dios en la que nosotros, los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

médicos, somos la más insignificante parte, sin que yo pueda decir exactamente cuál es, pero de la que sé su servidumbre total.

Por eso he querido hablar, tímidamente y en tono menor, de nosotros los médicos, la servidumbre del Hospital.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

NAVIDAD

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A mi hija

ALGUNA vez he tenido mi turno de guardia la noche de Navidad.

También alguna vez ha llegado un año nuevo —se oían volar las campanas de la torre más próxima— mientras ayudaba al cirujano en una intervención urgente.

Recuerdo aquella noche, porque nos deseamos un feliz año nuevo a través de la mascarilla blanca y continuamos el trabajo sin hacer un comentario más.

Pero esto son dos breves momentos de la Navidad en el Hospital que no tienen importancia alguna.

¿Sabéis cómo empieza la Navidad en esta casa nuestra?

En cada una de las salas aparecen cambios. Una cama se acerca a otra más de lo habitual. En alguna

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

terraza aparecen cajones llenos de musgos, sobre las mesas de las pequeñas habitaciones que están al fondo de las salas crecen espejos, en el patio, cajones planos, llenos de tierra fina, dejan ver los brotes verdes de las efímeras y diminutas siembras.

Después, mesas y maderass e reunen y aparecen los esqueletos de montañas que se cubren de papeles teñidos y engomados. Más tarde las figuras del Belén van llegando día a día, y son puestas en su lugar justo. Hasta que, en el día cuya noche fué construida para el nacimiento del Niño-Dios, todo está concluido y las luces surgen en ese Nacimiento, puras y limpias como las manos que lo lograron.

Y así llega al Hospital la Natividad del Señor, como en cualquier hogar humilde y pobre.

El tiempo de Navidad da su armonía y nacen melancólicas saudades en las blancas salas del Hospital.

He llevado a mis hijos la mañana de Pascua y han visto cada uno de los belenes con detenido silencio, como miran los niños las cosas bellas y sencillas.

Ha pasado el tiempo y hemos tenido que regresar a casa.

Entonces, mi hijo ha dicho:

—Hay muchos portales. Al Niño Jesús le gusta nacer aquí, ¿verdad?

He asentido. Y como soy un pobre sentimental, he recordado al poeta:

Allí, cerca del llanto,
una mano de Dios acariciaba
eternamente y sin cansancio.
Era la nochebuena y Dios lloraba.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Los niños corren por los largos corredores y besan a sus madres y sonríen a sus padres.

Y hay una brisa consoladora y un olor a Navidad en todo el aire del Hospital porque Jesús nace allí cada vez, más cerca de los suyos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ÚLTIMAS PALABRAS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TODO lo dicho no tiene, tal vez, importancia. ¡Cuántos libros escritos sobre hospitales, enfermos y médicos!

¡Cuánto se ha dicho y discutido sobre la misión del Hospital, el ambiente de sacrificio, el dolor, la miseria de los humanos que allí dan a Dios su alma!

¡Cuántas exageraciones, errores y perjuicios, comentarios hirientes, palabrería vana!

Este pequeño libro no está escrito con intención. Está sólo y simplemente escrito así, llanamente, en el lenguaje de todos los días.

Quise que fuera breve y lírico. Para que, quien lea estas historias insignificantes, piense con alegría en nuestro Hospital.

No llevemos nunca la tristeza como una cadena

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

inseparable. Existe la tristeza en nuestra Casa porque el dolor es su hermano gemelo. Pero si logramos disfrazar la cadena con flores y ocultamos el hierro, nos parecerá más llevadera y pesará menos. Será sólo entonces una alegre y crecida cadena, liviana y olorosa.

Este libro es de mi Hospital y para él. Digo mío porque lo siento en el corazón cada día, como lo sienten todos los que en él y por él trabajan.

Puede servir quizá para comprender lo humano de una misión. Para conducir humildemente a quien lo lea por los corredores de este pequeño mundo dentro de la Isla. De este pequeño mundo en el que, cada día, la vida se va y viene, como una ola celeste, guiada por ignorados y altísimos designios, y donde la tarea sólo consiste en detener por un instante la fuerza del agua y en dar prisa a otra ola que llega a la playa.

Porque lo cierto es que se nos ha dado un trabajo, pero, al final, pese a nuestro empeño, a nuestra ciencia y a nuestra oración, tenemos que decir con el poeta

...Y Dios dirá,
que siempre está callado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ÍNDICE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Palabras del Dr. T. Cerviá. 3
Dedicatoria 5
La casa 7
La consulta. 13
La visita 19
La urgencia 25
Pepito 31
El domingo 37
La madrugada 45
Las hermanas 51
La vida 55
Un momento antes. 61
Todo en orden 67
Servidumbre 73
Navidad 80
Últimas palabras. 85

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009